

¡Encima ahora tenía que ocuparme del dichoso animal!, como si no fuese suficiente aguantar en la oficina al idiota de mi jefe, coger el coche corriendo para el atasco hasta recoger a los niños del colegio, y llegar a casa para ver el desastre que había hecho Thor en el pasillo. Y es que no podía ser, de un tiempo a esta parte todo son problemas: el dinero que no llega para nada, los niños fastidiando a más no poder y... ahora Maite. Ya sabía que el matrimonio se estaba yendo al garete, pero esperaba poder arreglarlo, al menos otras veces había sido capaz, decían que si era la crisis de los diez años de casados, o si era la crisis de los cuarenta, no sé, pero a mi me huele que Maite tiene una aventura por ahí, llega tarde casi siempre, de sexo nada de nada y da la impresión de que está haciendo planes al margen de la familia, no sé, ya veremos.

Y para aderezar todo el “puto perrito” que ya no es capaz de aguantarse ni cuatro horas sin mearse, con lo cual, pues eso, a recoger meadas por toda la casa. A Maite nunca le gustó Thor, y al perro tampoco ella, no les culpo a ninguno, desde luego ambos tienen un trago, pero ahora que la relación de pareja se está apagando pienso que a Thor le conozco desde mucho antes, he vivido con él algunas experiencias inolvidables, he empezado a envejecer con él, y lo cierto es que lo echaré mucho de menos cuando no esté. Son ya nada menos que quince años de bicho, y eso que todos mis amigos se hacían los entendidos diciendo que los rottweilers no vivían mucho... pues este debe ser la excepción, la verdad es que está bastante bien, aparte de que se quedó sordo como una tapia hace un par de años y que le flaquean un poco las patas traseras, todo era admisible hasta que llegó el tema de la incontinencia urinaria.

- Será posible otra vez este asqueroso animal, Álvaro, has visto como ha dejado el pasillo tu perrito. –Me gritó Maite según llegué a casa-

- Sí, hija sí, ahora lo recojo todo, déjame al menos ponerme las zapatillas.

- Esto no puede seguir así, es una asquerosidad, está incluso estropeando el parquet, toda la casa huele a perro, o sacas el perro de la casa o me voy yo.

- Vamos a ver, Maite, cuando me conociste ya tenía a Thor, sabes que los perros envejecen tan mal como las personas, ¿qué quieres que haga?, no puedo sacrificarlo ahora porque no se aguante, llevo quince años con él.

- Y eso que, es que es más importante un perro que tu mujer y tus hijos, a veces no te entiendo, de verdad.

Con un portazo dio por terminada la conversación, de nuevo me ponía contra la espada y la pared, ¿y qué podía hacer yo?, o conservaba a mi perro o a mi matrimonio, te aseguro que a estas alturas no sé si vale más un perro moribundo de quince años o un matrimonio fracasado de diez. Necesitaba una cerveza, llamé a Carlos, quedamos en el bar de la plaza.

- ¿Qué hago?, me da pena el pobre perro, son quince años... y ahora tengo que matarlo porque esta histérica no aguanta que se mee en casa, ¿total cuánto le puede quedar de vida?.

- Álvaro, piensa las cosas con cabeza, por muy mal que esté tu matrimonio no puedes anteponer el perro a tu familia, piensa en los niños, como se lo explicarás “lo siento chicos, pero prefiero a Thor a vuestra madre”.

- Puede que tengas razón, igual debería llevarlo al veterinario.

Al día siguiente ya lo había decidido, todo fuera por salvar su matrimonio, llevaría a Thor al veterinario para dormirlo.

Con lo que no había contado es que el veterinario no accediera a sacrificarlo:

- Lo siento, Álvaro, pero sólo sacrifico animales que están gravemente enfermos, que no tienen posibilidad de salvación y Thor tan sólo es un animal viejo que necesita cuidados especiales, no puedo dormirlo solamente porque tenga incontinencia urinaria.

Piensa en alguien que viva en un chalet o en el campo, trata de recolocarlos, seguro que conoces a alguien.

- Pero entiéndalo, doctor, no conozco a nadie que quiera quedarse con un perro de cuarenta kilos y quince años, y si no consigo colocarlo supondrá el fracaso de mi matrimonio.

- Lo siento, mi código deontológico me impide sacrificar un animal sano.

Salí de la clínica veterinaria con un sentimiento de frustración inaudito, todo se complicaba, de todas formas consultaría otras clínicas.

Todo inútil, parece que todos los veterinarios tienen el mismo estricto sentido de la moral, nadie estaba dispuesto a sacrificar a Thor. Volví a casa con un sentimiento de fracaso total; al llegar más de lo mismo, esta vez el perro se había hecho de todo en el recibidor, Maite me estaba esperando con los brazos en jarras.

- Por última vez te lo digo, saca el perro de aquí, haz lo que quieras pero no pienso seguir soportando esta suciedad a diario.

- Está bien, ahora mismo me lo llevo.

Creo que nunca me he sentido tan triste como aquella vez. Cogí a Thor con su vieja correa de cuero y nos encaminamos hacia un parque cercano en el que solíamos pasear cuando el perro era más joven y yo tenía menos responsabilidades en la vida; mientras caminaba, el animal me miraba con unos ojos que parecían comprender lo que iba a pasar, yo no conseguía pensar claramente, era como si el perro estuviera infiltrándose en mi mente, diciendo: “¿qué me vas a hacer?, tras quince años de convivencia... ¿así me pagas mi fidelidad hacia ti y tu familia?”; intenté como pude sobreponerme y pensar como iba a deshacerme del animal, no era fácil... si tuviera una escopeta de caza podría acabar con su vida sin sufrimiento... lo que no iba a consentir

era abandonarlo para que tuviera una muerte lenta y agónica, no, tenía que darle una muerte lo más rápida e indolora posible.

Llegué a la conclusión de que ahorcarlo sería la forma más rápida de matar un animal de cuarenta kilos, comprobé que no hubiera mucha gente en el parque, me adentré en una zona oscura y busqué un árbol que tuviera una rama horizontal que pudiera aguantar el peso, constaté también que la vieja correa podría aguantar. Traté de acelerar las cosas, ya no había vuelta atrás.

Los siguientes minutos no los olvidaría jamás en la vida, fueron los más ingratos que he vivido. Subí al perro a una pequeña roca que había junto al árbol, y, tras pasar la correa por la rama, ordené al animal que saltara, momento en el que me colgué con todo mi peso de la correa, quedando el animal colgando de la correa. En un primer momento pensé que no podría aguantar el peso, Thor se meneaba hacia todos los lados, tratando de agarrarse al tronco del árbol con las patas, pero estaba demasiado lejos, pocos segundos después el perro gemía a la vez que descontrolaba sus esfínteres... todo esto ocurría mientras yo estaba colgado del otro extremo de la correa, con la cara del perro a escasos treinta centímetros, sus ojos desorbitados fijos en los míos... tras unos segundos más el animal comenzó a convulsionar y pocos segundos después quedó totalmente quieto, cuando pensé que todo había acabado solté el cuerpo del perro que cayó pesadamente sin vida, cayendo yo mismo a su lado.

Necesité unos minutos para tranquilizarme y poder mirar al pobre animal que yacía junto al árbol, la lengua amoratada horriblemente dilatada, y en un charco de su propia orina.

Cuando me hube repuesto cogí la correa del animal, y, arrastrándolo, lo llevé hasta una zona en la que los jardineros echaban las hojas muertas para hacer compost, cuando

descubrieran el cadáver ya no quedaría mucho más aparte de los huesos. Bueno... tarea finalizada, ya podía volver a casa e intentar hacer las paces con mi mujer.

Tras el momento de alivio por haber terminado la situación, fui entrando lentamente en una profunda depresión: al cansancio físico por el esfuerzo y la tensión, se unieron los recuerdos de Thor de cachorro, jugando con una pelota en un parque cercano a casa, corriendo por la playa como loco... esos pensamientos me apenaban, me hacían preguntarme como había sido capaz... Finalmente llegué a casa, todos estaban ya durmiendo, así que aproveché para, tomando antes un zumo de naranja, meterme a la cama y tratar de olvidar todo con un sueño reparador... ¡qué equivocado estaba!

El sueño no fue en absoluto reparador, tras caer dormido al apoyar la cabeza en la almohada, las pesadillas se apoderaron de mí, soñaba con Thor andando por el pasillo de casa, con la correa todavía al cuello incrustándosele en la carne, con los ojos desorbitados y la lengua enorme, goteando sangre de cuando en cuando... finalmente me desperté empapado en sudor, comprobé con alivio que todo había sido un mal sueño, decidí tomarme un desayuno para recuperar fuerzas, así que fui hacia la cocina cuando algo en el suelo del pasillo llamó mi atención: había unas gotitas de sangre en el parque.

De repente me vino a la memoria todo lo vivido la noche anterior, incluido el mal sueño que había tenido, no pude por menos que estremecerme; cuando me repuse limpié con rapidez la sangre, como tratando de hacer desaparecer unas pruebas incriminatorias, al acabar de limpiar me sentí mucho mejor, como si hubiera sido absuelto de un pecado mortal

Los días siguientes volví a recobrar la calma, todo parecía marchar a las mil maravillas, la relación con mi mujer estaba reconduciéndose, en el trabajo me habían

prometido un aumento... en definitiva, tocaba volver a ser feliz de nuevo... o eso creía...

Los sueños con Thor como protagonista babeante comenzaron más o menos al año de la noche en el parque, como si de un macabro aniversario se tratase, soñaba que iba de paseo con Maite por allí y nos acercábamos al árbol donde murió Thor; todo iba bien, cuando de repente una sombra se acercaba gruñendo, era el perro que se nos acercaba con el pelo erizado, amenazante, arrastrando la correa que lo mató; cuando salían corriendo les perseguía, con una agilidad increíble para un rottweiler de cuarenta kilos, notábamos su aliento a la espalda, hasta que finalmente nos alcanzaba... momento en el que me despertaba. Un día le conté a mi mujer cómo había sido el sueño, se me quedó mirando alelada y me dijo:

- Desde luego hijo, tú es que eres tonto; ¿será posible que no puedas dormir por un miserable perro que vivió más de quince años?.

Los sueños se iban haciendo cada vez más frecuentes, hasta que llegaron a repetirse todas las noches, llegué a tener miedo de verdad, además notaba que no descansaba como si hubiese dormido la noche entera sin pesadilla alguna. Pero lo que no podía imaginar es que todavía no había llegado lo peor.

Más o menos cuando habían pasado dos años de la muerte de Thor los sueños se hicieron mucho más intensos, el perro se me aparecía en sueños todas las noches, cada vez estaba más agresivo, sus ojos desorbitados desprendían un odio que era muy difícil de soportar. Una noche el animal se lanzó a por mí, me tiré hacia atrás pero aún así consiguió morderme un tobillo, no pude soportar el inmenso dolor, era como si me estuviesen apretando con unos alicates, mezcla de miedo y dolor solté un alarido que me sorprendió a mí mismo, no parecía humano; Maite me despertó de la pesadilla:

- Despierta, hombre, despierta, que estás soñando otra vez con el perrito de las narices, no te das cuenta de que no llevas una vida normal. Tienes que consultar con un psicólogo, por lo menos que te receten píldoras para dormir, así no podemos seguir.

- Tienes razón, tengo que ir a un psicólogo, esto pasa de castaño oscuro, no te puedes figurar el dolor que tengo en el tobillo izquierdo... Pero... ¡qué es esto!, Maite, no te lo vas a creer mira como tengo el tobillo.

Tenía el tobillo ensangrentado, y en tres o cuatro puntos se podían ver claramente unos pequeños orificios que podían coincidir perfectamente con los dientes del perro.

- ¡Santo cielo!, esto no puede ser normal, que te lo miren, no tiene explicación racional, vete mañana mismo a un profesional... y antes que nada ponte un vendaje ahí, estás poniendo todo perdido de sangre.

Pero al día siguiente no pude ir al hospital, estuve muy liado en el trabajo, y además... para que iba a mentir, me daba miedo que podían pensar de mí; a ver cómo se puede explicar que tienes pesadillas con un perro que mataste hace dos años y que consigue herirte hasta hacerte sangrar.

Cuando llegó la noche empecé a sentir escalofríos de sólo pensar en dormir, sabía lo que me esperaba, ahora ya no se trataba solamente de pesadillas inocentes, ahora el dolor era real. Intenté ocuparme en cosas que había dejado de lado en días o semanas anteriores, estuve viendo la tele hasta casi las cuatro de la madrugada –aunque nada merecía realmente la pena-, finalmente me puse a escribir lo que podía contarles a los psicólogos del hospital con los que tenía una cita a la mañana siguiente... y ese fue mi gran error. Al sentarme a la mesa para escribir noté que me estaba equivocando, en esa postura no podía vencer el sueño, intentaba mantener los ojos abiertos y fijar la atención en lo que estaba tratando de escribir, pero no lo conseguía, el sueño se iba apoderando de mí, no había salvación; traté de clavarme el bolígrafo en la palma de la mano para

mantenerme despierto, pero tras unos cuantos intentos finalmente no lo pude soportar más: Morfeo se hizo con mi alma...

El inicio del sueño fue placentero, ya podía descansar; me veía a mi mismo durmiendo en mi cama, estaba yo solo, todo parecía ir bien; sin embargo, en unos minutos empecé a oír una respiración que venía del pasillo... se trataba de una respiración entrecortada, dificultosa, también se oía algo así como una correa arrastrándose por el suelo. Me di cuenta, dentro del propio sueño, de forma inmediata... no estaba solo en casa como yo creía... ¡Thor estaba allí! La respiración se hacía cada vez más fuerte, notaba que se acercaba; yo intentaba despertar para huir, pero no lo conseguía, no pude evitar perder el control de mis esfínteres, temblaba como una hoja, notaba mucho frío aun cuando estaba muy abrigado... intenté gritar, en vano, no conseguí emitir ningún sonido, sólo un leve gemido de terror.

Unos segundos después la puerta de mi habitación se abrió bruscamente, en efecto, la aterradora imagen de Thor apareció en la habitación, sus ojos desorbitados fijos en los míos, la lengua horriblemente dilatada y de color morado colgando por un lado de las fauces, la saliva goteando hasta el suelo... En ese momento, presa del pánico, pude por fin gritar con todas mis fuerzas, fue un grito animalizado, de terror ancestral, por el miedo a perder lo más importante que tenía: mi propia vida. No sirvió de nada, el animal se me echó encima en cuestión de décimas de segundo; traté de apartarlo de mí con mis brazos, pero sólo conseguí que me mordiera las manos y las muñecas, estaba aterrorizado, no podía dar un solo paso, sabía que me estaba destrozando las manos, pero no me quedaba más que esperar que se cansara de mí.

De repente unos golpes en mi espalda consiguieron que la imagen del rottweiler mordiéndome las manos y los antebrazos desaparecieran, me giré y era mi mujer, Maite, que me llamaba por mi nombre para tratar de calmarme y despertarme.



- Ya, ya, tranquilízate, es otra pesadilla, ya, todo ha pasado, pero... ¡Dios mío, tienes las manos en carne viva!

No esperé más, a las siete de la mañana fui directo a urgencias del mismo hospital en el que tenía la cita con los psicólogos unas horas más tarde, y, tras hacerme las curas pertinentes en las manos y vendármelas, me pasaron a la zona de psiquiatría, donde estuve contando mis sueños una y otra vez desde que maté a mi propio perro hacía más de dos años.

Los loqueros me escucharon ensimismados, se miraban unos a otros mientras leían el informe de urgencias sobre las heridas y desgarros de mis manos y antebrazos. Uno de ellos incluso quiso verlo personalmente y me quitó los vendajes, las exclamaciones se sucedieron en la sala, sus ojos se fijaban en mí y en mis manos alternativamente...con un gesto de inteligencia, el que parecía llevar la voz cantante llamó a los demás a una sala contigua mientras la enfermera me tapaba de nuevo mis doloridas manos. En la sala de al lado comenzó una discusión sobre mi caso que pude oír de principio a fin: según parecía todos estaban de acuerdo en que tales heridas no me las podía haber infligido un perro ya que mi mujer atestiguaba que estaba en casa solo, con lo cual coincidían en que debía haberme autolesionado yo mismo por el cargo de conciencia que debía tener al haber matado a mi propio perro. También coincidieron todos en el tratamiento: debía ser internado en aquel mismo hospital y recibir numerosas sesiones de electrochoque para tratar de eliminar ese pensamiento recurrente.

Según iba escuchando todo esto, me iba horrorizando más, miré a mi alrededor y no encontré nada que allí me retuviera, con lo cual decidí huir de allí, cosa que hice inmediatamente.

Al salir a la calle, pensé que no podía volver a casa, seguro que allí sería el primer sitio en el que buscarían, mejor me iba al parque. Llegué al parque unos minutos más

tarde, y traté de descansar en un banco, todas esas experiencias me habían dejado extenuado, sin contar con que llevaba meses sin dormir apropiadamente gracias a las malditas pesadillas. Al recostarme en el banco comprendí inmediatamente mi gran error, iba a dormirme sin remisión posible... la tentación era demasiado fuerte, no lo podía evitar... finalmente cerré los ojos y quedé dormido.

En un primer momento pude descansar, las heridas de las manos no me dolían como antes, con un poco de suerte podría recuperarme de todo el cansancio acumulado, pero... mis mayores temores se cumplían: Thor estaba conmigo; en sueños, corrí como nunca antes lo había hecho, sentía el aliento del animal detrás de mí, jadeando, imaginaba sus ojos inyectados en sangre... perdía sangre por las manos al agitarlas corriendo, sabía que no aguantaría mucho más.

Pocos segundos después, mezcla de cansancio y tropiezo, caí aparatosamente. Me di la vuelta, allí estaba el animal, amenazante, en ese instante supe que iba a morir.